

Notas introductorias  
Mario Cerutti

La dinámica del desarrollo capitalista posterior  
(secundamiento económico y distribución del  
ingreso en Monterrey)  
Monroe Lehman

La industria siderúrgica en Monterrey: II y III  
(1943-1983)  
James Rojas Sandoval y  
María Elena Rodríguez

El área metropolitana de Monterrey (1930-1981)  
Antecedentes y análisis de su problemática urbana  
Roberto García Ortega

Migrante-rural en la ciudad. Exodo rural, división  
urbana del trabajo y familia en Monterrey  
Luis Echeburúa

La estación del agua en Monterrey  
Nicolás García Ortega

Servicios públicos urbanos y conflicto social:  
el agua en Monterrey  
Fernando Domínguez

El subdesarrollo: de la ilusión al desencanto. Los  
paradigmas de la crisis del capitalismo  
María Guadalupe Balcázar García  
María del Rosario García Flores  
Rosa Martha Ramos Barón

## Notas introductorias

Mario Cerutti

Si en 1987 publicamos un volumen que agrupó *siete estudios históricos*, en 1988 nos permitimos presentar este segundo libro colectivo pero, ahora, orientado a mostrar e interpretar procesos más contemporáneos.

La vía recorrida ha sido la misma: reunir trabajos de investigadores locales y extranjeros atraídos por fenómenos sociales llamativos desde el punto de vista de una actividad que procura acercarse a lo científico. Ese fue el objetivo fundamental, más allá de que en cada uno de los aspectos indagados puedan encontrarse elementos que, en otro contexto, suscitarían debates ideológicos o políticos.

Aunque la vida contemporánea de Monterrey no es especialidad de quien esto escribe, los estudios históricos que hemos realizado en torno a esta ciudad —y a su enriquecedor ámbito nororiental— hicieron apreciar la urgente necesidad de difundir resultados de investigaciones ligadas a momentos más actuales de tan llamativa urbe latinoamericana. Es que Monterrey —como San Paulo o Medellín— concentra una se-

rie de características que la convierten en foco de particular atención: la misma diversidad de temas que se consideran en este volumen lo comprueba.

Los ensayos aquí reunidos se sustentan en un evidente quehacer de investigación. Fue una exigencia del editor que cada aportación tuviera no sólo esos cimientos, sino que —además— quedaran mostrados por medio de mecanismos cuantitativos y de la mención sistemática de las fuentes utilizadas. Si el volumen ofrece materiales que suelen asumir sesgos críticos, tal vez no sea porque los autores pretendan enarbolar sus comentarios como arma de algún combate que probablemente no les preocupe demasiado, sino porque la propia realidad indagada cuenta con matices dignos de ser perfeccionados. Simultáneamente, no poco de estos artículos —véanse por ejemplo los de Menno Vellinga y Rojas Sandoval-Rodríguez— reafirman la diferenciación y prominencia notorias que Monterrey ha alcanzado como consecuencia de su vigoroso crecimiento industrial.

Como detallamos en la presentación del libro anterior, dejamos las conclusiones globales que pueden obtenerse de estos *siete estudios contemporáneos* a colegas que —desde su respectiva especialización dentro de las ciencias sociales— se sientan interesados por su contenido.

---

Menno Vellinga inaugura el ciclo de colaboraciones con un ensayo dedicado a auscultar la distribución del ingreso en Monterrey a mediados de los 80. Aunque el autor recorre concepciones teóricas que vincularon crecimiento económico con un reparto más equilibrado de la riqueza, se apoyará luego en un vasto material empírico para registrar sus conclu-

siones.

Al integrar la discusión teórica con los datos de una minuciosa búsqueda previa, Vellinga proporciona de paso una justificación metodológica a toda investigación regional que aspire acercarse a lo científico. Su objetivo no puede quedar limitado al reforzamiento de una mirada *regionalista*, sino que debe ser un instrumento para alcanzar niveles más generosos de generalización. De allí la conexión del caso *Monterrey* con la dinámica “del capitalismo periférico”. Es decir, de aquellas sociedades —México entre otras— que quedaron situadas en la periferia de la Revolución Industrial durante el siglo XIX.

Vellinga indica que si bien Monterrey presentó una expansión ininterrumpida entre 1940 y principios de los 80, ello no condujo necesariamente a una mejor o menos desequilibrada distribución del ingreso. Por el contrario, se detecta que esa desigualdad se ha profundizado. Es una tendencia que Jesús Puente Leyva había mostrado en la década de los 60, pero que hoy sería más aguda: “Hacia 1985, después de dos décadas de una expansión sin precedentes en la economía regional (. . .), la situación había empeorado”, destaca. Y añade: “Monterrey figuraba entre las ciudades de más desigual distribución en el ingreso en América Latina”. Así, menos de veinticinco mil familias, “el 5<sup>o</sup>/o más encumbrado, se quedan con un ingreso comparable al receptado por 344,000”, lo que equivale a decir que “cada una de estas familias más ricas posee un ingreso catorce veces superior al ingreso promedio del 70<sup>o</sup>/o de la población”.

Por lo tanto, es el punto al cual arriba Vellinga (y el que motivó su labor), en Monterrey no se habrían cumplido los pronósticos que dibujaran autores como Simon Kuznets u

organizaciones como la CEPAL: su paso hacia una economía que puede considerarse madura “no ha tenido los efectos dinamizadores sobre el cuerpo social, la estructura sociopolítica y el entramado ideológico” que predecían los analistas de los años 50.

Uno de los matices que habría diferenciado a Monterrey de otras ciudades fabriles latinoamericanas —y que acercaría su proceso a lo que Vellinga llama *capitalismo clásico*—, concentra la mirada de Javier Rojas Sandoval y María Elena Rodríguez: la industria siderúrgica, y el caso analizado es el de Hojalata y Lámina, S. A. (HyLSA).

Distinguiéndose de la pionera Fundidora de Fierro y Acero —y paralelamente a lo que acaecía en otras sociedades del continente— HyLSA surgió en plena Segunda Guerra: años en que Monterrey inauguraba con ímpetu su segundo gran momento de crecimiento fabril (el primero lo había protagonizado entre 1890 y 1910).

Rojas y Rodríguez describen las etapas más relevantes que transitó esta compañía, “con especial atención en aquellos aspectos que la llevaron a convertirse en la empresa privada más importante dentro de la industria nacional del acero”.

Al mencionar su gestación y sus pasos iniciales, no dejan de resaltar que la fundación de HyLSA coincidió temporalmente con el desenvolvimiento del proyecto acerero estatal, con el emerger de Altos Hornos de México, en Coahuila. La segunda empresa siderúrgica privada del país, por su lado, nació apuntando hacia dos objetivos: “proveer de lámina para

los tapones de cerveza de Cervecería Cuauhtémoc y, al mismo tiempo, como parte de una estrategia de expansión y diversificación”.

Medidas gubernamentales facilitaron su puesta en marcha, en el contexto favorable propiciado por la Segunda Guerra. Pero habría de necesitarse posteriormente un proceso de integración y cambios técnicos que es presentado por los autores. Un punto clave fue el de gestar alternativas al sistema de alto horno, el de intensificar las investigaciones sobre el *fierro esponja* y el proceso de *reducción directa*. El camino fue andado con eficacia: el surgimiento de un renovado método productivo “representó la aportación fundamental de HyLSA a la siderurgia mundial”. De paso, la empresa articularía un paso clave en su integración.

Los años 70 plantearían nuevos problemas y combates. El proyecto Las Truchas no sería el menor: Rojas y Rodríguez detallan la polémica que estalló entre empresarios y funcionarios federales. Quedó probada entonces, nuevamente una antigua experiencia de los industriales locales: su capacidad de negociación con el poder público.\*

Tras un capítulo que alude a logros en la productividad, el trabajo finaliza con una referencia llamativa: las vinculaciones entre HyLSA y el gigantesco grupo Alfa. Las conclusiones no dejan de recordar los nexos entre la empresa siderúrgica y el Estado, con el capital extranjero y el respaldo

\*Dos estudios que muestran esa capacidad ya en tiempos del porfiriato y durante la Revolución son el de Alex Saragoza, *The Monterrey Elite and the Mexican State, 1880-1940*, Austin, University of Texas Press, 1988; y el de Oscar Flores Torres, “De la edad del acero a los tiempos revolucionarios. Dos empresas industriales regiomontanas (1909-1923)”, incluido en Mario Cerutti (coordinador), *Monterrey, Nuevo León, el Noreste. Siete estudios históricos*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1987.

que brindó —de múltiples formas— al conglomerado.

---

El crecimiento económico de Monterrey —con sus derivaciones demográficas— tendría un impacto directo, visible, en su configuración urbana. Así como Vellinga verificó una aguda desigualdad en el ingreso, los urbanistas detectarían el peso de tal desequilibrio en la construcción de la propia ciudad, en la calidad también desapareja de sus servicios públicos, en la belleza o carencias de sus innumerables rincones.

Es en este sentido que el ensayo de Roberto García Ortega cobra singular interés. Se trata de un amplio y por momentos minucioso repaso a ese escenario vital que es la ciudad, y ya no como espacio que únicamente expresa el desarrollo industrial.

La hipótesis con la que el autor opera es que “el área metropolitana de Monterrey, a pesar de sus enormes avances urbanísticos en los últimos cincuenta años, presenta aún claros signos de retraso urbano-social”. Y se extiende sobre tres capítulos fundamentales: el fenómeno de *metropolización* vivido entre 1930 y 1980; la problemática urbanística desde 1980; y las acciones implementadas por los tres principales grupos de agentes que influyeron sobre tan acelerada expansión.

Así, menciona inicialmente el notable *boom* demográfico que se desata desde la Segunda Guerra y hasta los mismos 80: describe los límites que Monterrey va ganando, sus características, la integración de otros municipios y el tipo de urbanismo que se fue edificando.

Ya al enfocar los asentamientos humanos, García Ortega reseña sucesivamente los problemas de la vivienda, la distribución de la población según sus niveles de ingreso, los matices que poseen los servicios básicos ligados a la habitación, los usos del suelo ciudadano, la vialidad y los transportes, el agua potable y el drenaje, la energía eléctrica y el gas, el tremendo dilema de la contaminación ambiental, “la devastación de las sierras”. Al hablar de regeneración urbana, el autor ofrece una vívida imagen que conecta con “la identidad cultural texano-mexicana del área metropolitana”, sustentada en razones geográficas e históricas.

En el apartado de cierre, habla sobre las políticas y las acciones, recuerda a los gobiernos federal, estadual y municipal, al capital privado (cámaras de propietarios, urbanizadores), pero también cita las organizaciones populares (entre las que destacan sindicatos y posesionarios). Es aquí cuando su artículo entronca con los de Víctor Zúñiga y Vivienne Bennett, así como previamente imbricó con el de Vellinga.

Para García Ortega, finalmente, el crecimiento de Monterrey dejó de lado un verdadero *desarrollo urbano* y —simultáneamente— habría llevado a que el resto de Nuevo León languideciera.

Víctor Zúñiga, precisamente, dedicará su aportación al aluvión de migrantes que recibe la ciudad, al río humano que desde los años 30 la transformaría en la importante concentración demográfica actual.

Desde su párrafo inaugural, Zúñiga procura insinuar un replanteamiento para el estudio de estos fenómenos, tan lar-

gamente considerados en la sociología latinoamericanista: “El éxodo rural no termina —indica— cuando el migrante pisa la ciudad”. Es que, una vez allí, hay que atravesar determinados procesos que demandan esfuerzos específicos de adaptación. Por ello, los migrantes rurales conforman un grupo social “que exige del sociólogo un esfuerzo especial de observación”.

Su artículo se fracciona en “el llegar a la ciudad” y en “el estar en la ciudad”.

En lo primero toma nota del momento del arribo: es decir, establece una periodización que mucho tendrá que ver con las oportunidades de trabajo que el antiguo campesino encuentre. Hace referencia asimismo a la “trayectoria laboral” y las vinculaciones que se dieron con las necesidades del aparato fabril regiomontano. Y no deja de atender la experiencia previa del migrante, en la que destaca su escolaridad y su previa actividad económica.

Cuando desenvuelve el apartado sobre “el estar en la ciudad”, Zúñiga une herencia con familia “primer y quizá más importante patrimonio” entre los *pobres de la ciudad*. Ausculta el tipo de escuelas a que asisten los niños, los cambios de domicilio, las ausencias paternas, “las estrategias rurales de reproducción”.

El ensayo pone énfasis en la diferenciación que en el propio seno de los migrantes se registra, distinciones que hacen decir al autor que el término *migrante rural* puede esconder más de una acepción, más de un contenido.

Tras la visión global que del área metropolitana de Monterrey ofreció Roberto García Ortega, otros dos colaboradores analizan uno de sus servicios públicos vertebrales y, seguramente, más críticos: el agua.

El primero de los artículos es de carácter histórico pero ingresa netamente en las circunstancias más contemporáneas. Nicolás Duarte Ortega narra el periplo vivido por el abastecimiento de este líquido vital hasta el momento en que son transferidos a la órbita estadual, en 1945. Y entrega, así, antecedentes útiles para leer a la siguiente autora, Vivienne Bennett.

Duarte Ortega se remonta a los años de aquel lúcido gobernador que fue Bernardo Reyes. No debe extrañar: entonces se plantaron los cimientos —como en otras urbes de América Latina— de los servicios públicos. Informa cómo en esta fase el agua estuvo a cargo del capital extranjero —otra generalidad continental—, específicamente de la The Monterrey Water Works and Sewer Co, que “con el tiempo vino a dar origen a la actual compañía que administra y distribuye el agua en la ciudad”.

Al sistematizar su información sobre las inversiones que efectuó esta empresa, Duarte concluye que una buena porción de lo que manifestaba tenía “mucho de ficticio”. La población era cada vez mayor pero los servicios no se expandían en una proporción similar. Sería el gobernador Arturo B. de la Garza quien señalaría en los años 40 esta disparidad en ascenso: se reflejaba —entre otras cosas— en el deterioro sanitario, en la aparición de “enfermedades hídricas como la

tifoidea, paratifoidea, disentería y parasitosis intestinal, que asolaban a la gente más pobre”.

Ello explica los cíclicos conflictos entre empresa y poder público, cadena que llegó a su punto culminante en 1945. En el verano de este año, la compañía aceptó vender sus instalaciones: surgiría entonces Servicios de Agua y Drenaje de Monterrey. “La decisión del gobierno —apunta Duarte— fue positiva en su momento. No supo, o no quiso, después, manejar el problema con el mismo interés. Las consecuencias las sufre hoy la ciudad”.

---

Vivienne Bennett retoma el tema. Lo ubica en el marco de estudios más globales que entrecruzan las carencias de los servicios públicos en Latinoamérica con el conflicto social, con significativas movilizaciones populares.

Al aludir a Monterrey, Bennett detalla la evolución del servicio de distribución del agua desde mediados de los 40. Pone de relieve la influencia que mantuvo el llamado *grupo Monterrey*: según la autora, desempeñó “un importante papel en el desarrollo del inadecuado sistema de agua de la ciudad”. Para Bennett, el sector empresarial logró controlar el servicio desde 1954 a 1977. El agua era “un factor crucial en la producción” y su manejo “sólo se podía obtener si el gobierno lo permitía”.

Dada la escasamente equitativa distribución del agua en la ciudad y la falta creciente del líquido, el diferendo social tenderá a agudizarse y, por otro lado, acentuará las pugnas entre los núcleos empresariales y el Estado.

Entre 1973 y 1985, agrega la investigadora estadounidense, se difundirá una lucha de contornos populares que exigía mejor servicio, y que impactó abiertamente en decisiones adoptadas en los niveles estadual y federal del poder público. Fue un período “de particular interés porque (estuvo) marcado por el aumento y explosión de protestas sociales”. La movilización por el agua, además, quedó engarzada con otro tipo de espasmos sociales, descritos por Bennett.

Sustentado en una minuciosa indagación, el trabajo brinda los indicadores y motivaciones de este convulsionado quehacer de vastos sectores urbanos, con sus momentos de alza y descenso, con sus patrones de lucha —y sus diferencias, de acuerdo con el nivel de ingresos de quienes demandaban el perfeccionamiento de los servicios—, el tipo de presiones a que fue sometido el poder público y el “papel central de la mujer en la lucha desatada”. “Las mujeres —sintetiza— fueron las principales protagonistas en las dos terceras partes de los incidentes en que se utilizaron espacios públicos entre 1973 y 1985”.

A estas movilizaciones, remata al final, el Estado respondió “con importantes mejoras en los servicios”. Al anunciarse en marzo de 1984 el proyecto *Agua para Todos* se llegaría “al logro decisivo de esos años de protesta popular”, y el sistema de distribución de agua “se extendería a todas las colonias de bajos ingresos que dependieran de tomas públicas o de camiones repartidores”.

---

El material que cierra este volumen colectivo —a cargo de María Guadalupe Becerra, María del Refugio Garrido y Rosa Martha Romo— concentra su atención en un ámbito que nos

toca directamente a académicos e investigadores: la Universidad.

Aunque se aleja parcialmente de la temática precedente, esta aportación ha sido incorporada porque es resultado directo de una amplia investigación y porque atañe a una vertiente particularmente relevante de la vida contemporánea de Monterrey: la enseñanza superior. Si se tiene en cuenta el elevado número de instituciones universitarias existentes en la capital de Nuevo León, no puede dejarse de lado lo que menciona en torno a cómo trabajan los docentes, esos encargados de transmitir el conocimiento en las casas de altos estudios.

Cimentadas en auscultaciones efectuadas en nuestra propia Facultad de Filosofía y Letras y en otras escuelas de la UANL, Becerra-Garrido-Romo describen cómo funciona en su cotidianeidad lo que llaman el *curriculum oculto*: es que analizar esa cotidianeidad emerge “como una vía imprescindible para la explicación de los procesos educativos”. El aula universitaria se presenta “como un microcosmos” en el cual los sujetos que intervienen —maestros y alumnos— ejercen una práctica que necesariamente debe ser sometida a la crítica.

El ensayo incluye un prolongado apartado etnográfico que facilita observar los papeles cumplidos en el aula, escenario en el que se maneja el espacio “como una forma física del poder”, donde el tiempo es un “elemento de lucha en la relación pedagógica” y en el que esta relación “persiste más allá de las atribuciones institucionales”. Todo ello suele configurar un sistema que articula, de acuerdo con las autoras, un círculo vicioso: “el profesor no está dispuesto a compartir poder”. Y una forma de evitarlo “consiste en mantener (las) actitudes de dependencia y de temor hacia su figura”.

Cuando se hace alusión al problema de los contenidos en las asignaturas que se imparten, “la certeza de que ni el poder ni el saber del docente son totales” permitió identificar “situaciones de simulacro en la vida de las aulas”. Ante las dudas y carencias del profesor se inventan artilugios para disimularlas, para atenuarlas: el objetivo es que no quede maltrеча la balanza de poder favorable al conductor de la clase. En estos mecanismos de simulación, se aclara, ingresan con generosidad los mismos alumnos, aunque surgen también formas de resistencia y de cuestionamiento.

El trabajo, por lo tanto, tiende a descubrir no pocos de los vicios que nutren las universidades. Si los ensayos anteriores podían hacer creer que este volumen estuvo dirigido a una crítica de *los otros*, Becerra-Garrido-Romo muestran que también *nosotros* quedamos sometidos a la lupa acuciosa de la investigación.

---

El último párrafo de nuestras notas introductorias aspira a dejar constancia de que la realización de este volumen colectivo —enriquecido con la labor de dos destacados colaboradores extranjeros— pudo consumarse gracias al respaldo incondicional de la actual dirección de la Facultad de Filosofía y Letras. Su apoyo —al que se sumó con nitidez el aliento de las más altas autoridades de la Universidad Autónoma de Nuevo León— ha sido decisivo, pese a los tiempos de crisis que insisten en acecharnos. Es nuestra esperanza que, en el porvenir, el Monterrey contemporáneo concentre mayores esfuerzos sistemáticos de investigación y que, en alguna medida, la difusión de este libro contribuya a estimularlos.